

LABERINTOS: transcurso por las señas del sentido

Las comunidades afrocolombianas, unas etnias y culturas marginadas. Historias de liberación y opresión

1. Planteamiento del problema

Las profundas y radicales lecciones de la historia de la evolución de los seres humanos, aunque lentas y siempre conflictivas, nos abren caminos muy positivos y, a su vez, nos permiten imaginar horizontes nuevos e inventar otros modelos de convivencia y solidaridad. Hemos de partir de una singular convicción: el ser humano es portador, desde su nacimiento, de una potencia energética y creativa extraordinaria. Únicamente necesita descubrir y confirmar, desde la presencia cotidiana del Otro, esta capacidad original y dejarla crecer en el medio más adecuado. Afirmar la positividad de cada uno y de los otros nos conduce a ámbitos de utopía y a revelar en los hechos y estructuras de la cotidianidad, la posibilidad de otras realidades sociales y éticas. Nunca las situaciones son de una única manera. Tienen múltiples perspectivas y nos permiten, en verdad, decidirnos por la pluralidad de opciones y la diversidad de culturas y experiencias de vivir la cotidianidad del presente.

No olvidemos que el pesimismo desesperanzado es siempre una herramienta reaccionaria que privilegia ideas contrarias a las mayorías sociales y a las minorías disidentes. Estas minorías disidentes lo son en virtud de su diferencia cultural, étnica o ideológica, es decir, en razón de que formulan otro proyecto de vida y valores.

Ahora bien, las investigaciones —sean estas antropológicas o históricas— nos ofrecen cada vez con mayor precisión y originalidad, datos y conocimientos de otras vidas y experiencias de grupos que conviven entre nosotros y que han sido silenciados durante mucho tiempo. Es un hecho que hemos desconocido a quienes no han sido incluidos explícitamente en la sociedad oficial y pública. De igual manera, tampoco se ha aceptado a quienes rechazan el orden legitimador de una identidad nacional no siempre bien fundada históricamente. Y todavía menos, que hayamos podido justificar su rechazo y discriminación a causa de su diferencia.

Quiero referirme al libro titulado *Gente Negra. Nación mestiza*, del investigador Peter Wade, publicado en 1997.

Ya entonces reconocía su autor que se habían producido cambios notables en las poblaciones negras de Colombia. Y se refiere a que «la literatura disponible ha aumentado radicalmente; el número de personas que están estudiando la cultura negra o afrocolombiana ha crecido, especialmente entre los estudiantes universitarios. Los negros y la cultura negra tienen ahora, desde el punto de vista del público, un perfil mucho más alto que antes y los movimientos sociales negros han comenzado a tener un impacto importante en la vida política colombiana. Por supuesto, todavía queda mucho por hacer en términos tanto académicos como políticos».

El tema central de este libro no es otro que la investigación y análisis de *los procesos de coexistencia e interdependencia de la discriminación y mestizaje en Colombia*.

Hay situaciones en las que los problemas y conflictos son casi endémicos y estos grupos pueden ser atropellados por violencias de todo tipo. Ya desde antiguo nos recuerda el autor cómo «la región de Urabá se ha convertido en un virtual campo de batalla entre las fuerzas de la guerrilla y el Estado, grupos paramilitares y traficantes de droga [...] Tres de las más exitosas familias chocoanas han sufrido amenazas e incluso, en un caso, un intento de asesinato. En resumen, ahora, el área es más completamente antioqueña que antes. La violencia en el Urabá chocoano no sigue un lineamiento étnico o racial pero el efecto de la violencia ha sido forzar a los chocoanos a salir y a crear límites étnicos y raciales más definitivos».

En este momento es oportuno recordar cómo el reconocimiento jurídico de los derechos fundamentales es positivo, pero insuficiente. Lo que marcaría la diferencia sería el cambio cultural y su funcionamiento real. Y así hemos de valorar positivamente que «el 5 de julio de 1991 se aprobó una nueva Constitución en Colombia. Ésta reconoce el carácter *pluricultural* y *multiétnico* de la Nación colombiana y otorga ciertos derechos a las minorías indígenas. Incluye el Artículo Transitorio 55, en el cual *el Congreso expedirá, previo estudio por parte de una comisión especial que el Gobierno creará para tal efecto, una ley que le reconozca a las comunidades negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva sobre las áreas que habrá de demarcar la misma ley*».

Otro libro mucho más reciente de Juan de Dios Mosquera y que se titula *La población afrocolombiana. Realidad, derechos y organización*, que va por su quinta edición (Bogotá, 2007), plantea ya en su introducción la realidad de este tema y dice: «Desde África hasta América fueron secuestradas violentamente millones de personas, miembros de múltiples y complejas sociedades desarrolladas en el decurso de la historia en el gran continente africano. Españoles, ingleses, portugueses, franceses y holandeses, para justificar su esclavización, les negaron la condición humana o humanidad, convirtiéndoles en una mercancía llamada *pieza de Indias*, creando un otro ser al cual le dieron el nombre de *el negro, los negros* que significaba esclavo y animal, *el negro, los negros*, no significaban persona. Así nacieron el racismo y la exclusión racial del destierro forzado de sus culturas ancestrales, la negación de sus nombres milenarios y el desconocimiento e irrespeto de su dignidad humana. Las clases dominantes esclavistas las identificaron y definieron a todas por igual, como *negros*, iniciando así el despojo forzado y obligatorio de sus culturas ancestrales y el desconocimiento e irrespeto de su dignidad humana».

Casi todos los países rechazan que en su medio social se produzcan conductas o ideas racistas, lo cual no es cierto. El gran defecto que todavía hoy persigue a estos grupos marginales es la *discriminación* racial y social. Dice el autor que en Colombia este fenómeno actúa de dos modos. El primero se reconoce como una forma *concreta* y *objetiva* y esto lo llevan a cabo el Estado y las clases dirigentes. Estos grupos los aíslan territorialmente y el resultado de este aislamiento es el atraso y la marginalidad económica, social, cultural y política. Una segunda forma es de carácter *subjetivo* y es la que practica habitualmente la población en general y que se manifiesta con toda evidencia en los prejuicios que se muestran a través del lenguaje y de ciertas expresiones.

2. Algunas referencias históricas

Quizás en síntesis, la situación actual de las comunidades negras se pueda resumir en esta breve definición que nos ofrece Aimé Césaire: «Mi apellido: ofendido; mi nombre: humillado; mi estado civil: la rebeldía».

Tenemos dos libros muy ilustrativos, ambos del profesor Ildefonso Gutiérrez Azopardo. El primero se titula *Historia del negro en Colombia*, editado por Nueva América (Bogotá, 1994). El segundo es más reciente y se titula *La población negra en América. Geografía, historia y cultura*, editado por Ediciones El Buho (Bogotá, 2000). Uno de los capítulos importantes de este texto se refiere a la cultura de la resistencia y nos describe las diferentes formas en que ésta se ha producido durante todo el período de la *trata de esclavos*. Estas formas fueron las siguientes: negros alzados, huidos, cimarrones y palenques. ¿Qué significa *cimarrones*? «Pocos años después de haber sido introducidos los negros esclavos en la isla La Española, el gobernador Ovando informaba al rey que algunos de ellos se habían alzado huyendo a los montes, juntándose con los indios y enseñándoles malas costumbres. Desde este año de 1503 hasta el año de 1868 en el que, por decreto sobre la abolición de la esclavitud se declaraba libres a los negros de los palenques existentes en Cuba, habían pasado casi cuatro siglos de levantamientos, rebeliones y huidas. A estos alzados y huidos se los designó con el nombre de *cimarrones*».

Este término de cimarrón procede del español de Santo Domingo y etimológicamente procede del término *cima* al que se le añade el sufijo *marrón*. Se aplicó a los negros fugitivos y que se internaban en los montes. Y en general se aplicaba a personas, animales y plantas silvestres y montaraces. El término pasó posteriormente a otras lenguas. Y de este modo «las fugas en grupos o masivas respondieron generalmente al deseo de libertad. Éstas terminaron en la formación de bandas de vida errante o en grupos más estables vagando dentro de un territorio determinado pero siempre en continuo movimiento para evitar su captura. Muchas se constituyeron en comunidades con un doblamiento fijo y una organización más estructurada.

»Estas comunidades y los lugares en que se instalaron recibieron el nombre de *palenques*, palabra castellana que significa palizada o lugar cercado por una palizada. En Venezuela, según las características, se les llamó cumbres, rochelas y patucos; en Brasil mocambos, kilombos y ladeiras; en Haití y República Dominicana manieles. No hubo rincón del continente en donde la presencia del negro no finalizase en un palenque». Todo ello dio lugar a una cultura de los palenques. En el libro de *La historia del negro en Colombia* encontramos un epílogo en que se nos narra la historia de las primeras figuras abolicionistas e impugnadoras de la trata de negros ya en el siglo XVII. Se refiere a dos misioneros capuchinos, fray Francisco José de Jaca y fray Epifanio de Moirans. Su movimiento se une a los movimientos de liberación que se producen en el puerto negrero de Cartagena en estas mismas fechas.

Uno de los temas a los que se refieren estos religiosos es a la relación de la Iglesia con la esclavitud de los negros. En verdad que la Iglesia ha tenido a lo largo de la historia una actitud ambivalente y contradictoria. Pero ahora nos referimos únicamente a un testimonio que ellos ofrecen en su libro *La historia del negro en Colombia*. Dicen lo siguiente: «Desde el año 1492, en que el papa Pío II en letras al obispo de Rubicón en las Canarias condena la esclavitud de los negros recién convertidos en Guinea, hasta entrado el siglo XIX en que los papas Pío VII y Gregorio XVI condenan el tráfico negrero, existe un silencio de casi cuatro siglos en el que no encontramos ninguna declaración expresa contra la trata negrera. Parece como si la Iglesia hubiese asumido la práctica de la esclavitud de los negros sin atreverse a cuestionarla. Ni una palabra en los documentos oficiales que fueron abundantes y enérgicos para condenar la esclavitud de los indios, ni un gesto que diera a entender su oposición. Es más, los negros esclavos formaron parte de su economía en el Nuevo Mundo en el que obispos, clero, religiosos y religiosas los tuvieron como servidores y los utilizaron como mano de obra, tanto en sus casas como en sus haciendas con cuya renta sostenían los conventos y casas religiosas».

Hay otro libro publicado recientemente que a mí me ha aportado un conjunto de datos que desconocía sobre el tema. Se titula *África. Pecado de Europa*, de Luis de Sebastián, con prólogo de Samuel Eto'o, camerunés y famoso futbolista.

Lo primero que hemos de señalar, es que la presencia de los europeos en África no es significativa hasta el siglo XVI y está casi absolutamente ligada al tráfico de esclavos. Su interés en el tema era puramente económico y dura hasta el siglo XIX. Posteriormente su interés por el continente se centrará en otras cosas y dará paso a lo que conocemos como el imperialismo colonial. Pero detengámonos un momento en algunos hechos que caracterizan el fenómeno de la esclavitud y su comercio con América y que nos resalta este libro: «La esclavitud, o sea, la apropiación y utilización arbitraria de unos seres humanos por otros, es una de las mayores vergüenzas de la humanidad, aunque haya sido tan frecuente en la historia. En África en particular la esclavitud hizo estragos, porque fue una interferencia profunda y extendida, además de criminal, en la vida de los ciudadanos y de las sociedades que se vieron sometidos a esta ignominia. El tráfico de esclavos cambió radicalmente la demografía y el desarrollo social y político de muchos países de África, y no dejó a ninguno sin sufrir graves consecuencias».

Uno de los temas en que se detiene este libro es en el origen del tráfico de esclavos y nos narra con toda evidencia cómo éste se vincula directamente con las necesidades de mano de obra barata de las plantaciones de las colonias americanas, especialmente por lo que se refiere al cultivo de caña de azúcar.

Los portugueses inicialmente introdujeron la caña de azúcar en la isla de Santo Tomé —Golfo de Guinea— a finales del siglo XV. La isla estaba siendo poblada en esa época por aventureros y comerciantes para desarrollar allí nuevos cultivos. Los esclavos contribuyeron a hacer éstos más rentables. La razón era porque resistían mejor que otras etnias el duro trabajo de la corta de caña.

En el siglo XVII el Caribe y Brasil tomaron el relevo por lo que se refiere al tráfico de esclavos, lo cual condujo a un incremento de su número.

Existen múltiples declaraciones papales legitimando la acción de los reyes y sus ejércitos en este sentido. El papa solía dar poderes a los reyes para conseguir un aumento de la fe y el poder del papado en el mundo. La derrota de sus enemigos y de paso la salvación de las almas de los ciudadanos africanos. Con este fin le da al rey de Portugal autorización para ocupar, controlar y poseer las islas de Cabo Verde y las tierras costeras del Atlántico desde el Cabo Bojador en el Sahara Occidental hasta Angola, con el monopolio del comercio, e implícitamente, el comercio de esclavos. Los papas entonces, tenían la creencia de que podían disponer de todas las tierras del universo. El papa que dio estas funciones al rey de Portugal fue Nicolás V.

¿Cuáles fueron las dimensiones del tráfico de esclavos? Es difícil calcular con exactitud cuántos millones de personas fueron sometidas en África al régimen de la esclavitud. Con todo, hemos de aclarar que el comercio de esclavos tuvo dos direcciones o dos horizontes: uno, hacia las costas del Océano Índico, Medio Oriente, Persia, India y China. Un segundo y muy posterior hacia el continente americano. Del comercio hacia Oriente hay muy pocos datos fiables. Se trataba de un comercio llevado a cabo en su totalidad por mercaderes árabes y que se inició ya a los diez años de haber muerto el profeta Mahoma y terminó mucho después de haberse abolido la esclavitud en América y en los países europeos. De todas formas, algunos datos hablan de unos 25 millones de esclavos apresados y exportados a Oriente desde África Oriental.

Del tráfico a través del Atlántico, los datos son mucho más seguros. Se calcula que desde 1510 —en que se inicia el tráfico de esclavos hacia América— hasta 1600, desembarcaron en América 275.000 esclavos. En el siglo XVII se habla de 1.300.000 y en los

siglos XVIII y XIX unos 6.050.000. En conjunto pareciera que el tráfico de África Occidental hacia América ha sido de unos once millones y medio de esclavos.

3. Antología de ideas y textos

Recogemos ahora algunas ideas y textos que expresan el dolor y el sufrimiento de unas personas que han sido sometidas violentamente a un régimen de esclavitud. Creo que estos datos nos dan a conocer una situación que nunca debería haber existido. Pero al mismo tiempo queremos precisar la ideología que detrás de estos hechos se esconde y distinguir muy bien quiénes son los agentes de tal aventura. Es preciso diferenciar tres niveles de acciones: los captores de las personas en África; las condiciones de su traslado a América a través de los barcos negreros y su estancia en las factorías y, por último, el trabajo de esclavos que llevaban a cabo en las haciendas del nuevo continente.

Los intermediarios (africanos, árabes o europeos) poseían frecuentemente *factorías* o almacenes donde mantenían a los prisioneros hasta que llegaran los barcos de los traficantes, o hasta que éstos tuvieran un número suficiente para embarcar. Las condiciones de vida en estas *factorías* eran un preludio del infierno de las bodegas de los barcos negreros. En Gorée se enseña hoy a los descendientes de los esclavos americanos (y a todos los turistas que se acercan allí) los lugares donde *almacenaban* a sus ancestros antes de ser embarcados. Otras veces los barcos pasaban haciendo cabotaje y recogiendo en cada puerto que tocaban un pequeño número de esclavos, hasta llegar a la cantidad suficiente que hiciera el viaje rentable y manejable. A veces un barco negrero tardaba cinco o seis meses en conseguir una carga suficiente para hacer rentable el viaje. Los esclavos, generalmente, se vendían en pequeños grupos, de veinte o treinta personas, de manera que para llegar a un barco con seiscientos esclavos, como se llegó a hacer en el período cenital del tráfico en el siglo XVIII se requerían veinte o treinta transacciones, que podían llevar varios meses. De hecho no sólo los dirigentes de los pueblos africanos, sino muchos de sus ciudadanos con algún poder participaron en la oferta de esclavos al por menor (tres, cinco, diez personas) a los traficantes extranjeros. De esta manera, la esclavitud se convirtió en una práctica generalizada para obtener productos extranjeros, altamente nociva, que deshizo la cohesión, la confianza y la paz dentro de los mismos pueblos de donde procedían los esclavos.

Los primeros europeos en practicar el tráfico de esclavos africanos a gran escala fueron los portugueses [...] en realidad los portugueses fueron a África occidental buscando oro en lo que hoy es Senegal y Sierra Leona. Los esclavos, capturados más al sur (Benin, Nigeria), fueron una de las monedas que daban para comprar el oro procedente del África central. Sólo cuando se agotó el oro, hacia 1700, el comercio portugués de esclavos superó al del oro [...].

Los portugueses, a mediados del siglo XV, comenzaron a llevar esclavos a Portugal para oficios domésticos y el trabajo de los campos. No eran muy diferentes de los esclavos que los reinos cristianos habían tenido durante toda la Edad Media, provenientes de los países eslavos todavía paganos y de los norteafricanos a partir de la expansión del Islam por el Mediterráneo. El trato que se les daba y la vida que llevaban estos esclavos medievales, con ser injustos, duros y desagradables, no era en general tan terrible como la suerte de los esclavos africanos embarcados hacia América u otros lejanos destinos. Los portugueses luego comenzaron a llevar esclavos a las islas de Santo Tomé, en el Golfo de Guinea, y a las islas de Madeira a principios del siglo XVI, para trabajar en el cultivo de la caña [...] Años más tarde los transportaron hasta Brasil, donde había comenzado el cultivo de la caña de azúcar en grandes extensiones. Se estima que en el medio siglo anterior al descubrimiento de América (en 1492), 150.000 esclavos habían pasado por el puerto de Lisboa. En el comercio de esclavos a los portugueses le siguieron los holandeses para abastecer de mano de obra a sus plantaciones del norte de Brasil (en lo que más tarde sería la Guayana Holandesa y, a las islas del Caribe, Barbados, Trinidad y Jamaica, posesiones inglesas, y Martinica, Guadalupe y Haití, francesas). Posteriormente los mismos ingleses y franceses, que resultaron ser gran-

des consumidores de esclavos, tomaron el relevo de holandeses y portugueses. A mediados del siglo XVIII los ingleses dominaban el tráfico de esclavos en el Atlántico [Luis de Sebastián, *África. Pecado de Europa*, Trotta, Madrid, 2006, pp. 48, 49].

El tráfico de esclavos en las colonias españolas:

Aunque el uso de esclavos africanos en las minas y plantaciones de las Antillas españolas se había generalizado a los pocos años de la conquista, en parte por la influencia de los misioneros amantes de los indios, los traficantes españoles tardaron algún tiempo en entrar activamente en el negocio. Por un lado los esclavos eran vendidos por medio de asientos o contratos que daba la Corona española para la entrega de un determinado número de esclavos en las colonias españolas del Caribe. La Corona cobraba dos ducados por esclavo, con lo cual el tráfico se convirtió en una fuente de ingresos muy lucrativa. Los primeros beneficiarios de estos asientos fueron los genoveses, portugueses, flamencos, alemanes y hasta daneses. Posteriormente, cuando en el siglo XVIII se liberalizó en el Imperio español el comercio de esclavos, también participaron los franceses y británicos, según los avatares de las relaciones entre estos países. Por esa misma época comenzaron a operar en gran escala los traficantes españoles. Los esclavos desembarcaban en Cartagena de Indias [...] y Veracruz [...], desde donde eran repartidos por las colonias caribeñas [*ibíd.*, p. 50].

Al fin los británicos se hicieron los dueños del tráfico de esclavos.

En los siglos XVII y XVIII *Britania dominaba las olas* y también el tráfico de esclavos. Las colonias británicas del Caribe eran en los siglos XVII y XVIII las más interesantes económicamente para el Imperio, y las que de hecho más colonos emigrados atraieron. Allí es donde estaba el dinero. El comercio con el Caribe dejaba pequeño el comercio con sus colonias norteamericanas. En 1773 el valor de las importaciones británicas procedentes de Jamaica era cinco veces superior al de las importaciones de todas las colonias norteamericanas juntas. De hecho las colonias del norte estuvieron al servicio de las plantaciones, como proveedores de instrumentos, alimentos, vestidos, enseres y otras cosas necesarias para la vida. Fueron en un sentido muy real subsidiarias económicas de las islas del azúcar. En efecto, el azúcar, más que el tabaco, fue el origen y fundamento de la riqueza de estas colonias británicas [...].

Al negocio del tráfico de esclavos dedicaron los empresarios y banqueros británicos abundantes recursos, como merecía una actividad tan sumamente productiva [...].

Una implicación tan grande de los británicos en el tráfico de esclavos llevó sin duda a las partes más sanas de la ciudadanía a comenzar un movimiento de protesta y a favor de la abolición de la esclavitud. De hecho, después de Vermont (1777) y los otros estados de los recién nacidos Estados Unidos de América, el Reino Unido fue el primer país europeo en abolir oficialmente el tráfico de esclavos en 1807 y la esclavitud en 1833. Francia la abolió en 1848 y España esperó a hacerlo en Cuba en 1880 [*ibíd.*, pp. 51, 52].

Es posible con todo este conjunto de ideas y datos analizar los efectos del tráfico de esclavos en África. Ciertamente que «la esclavitud había existido siempre en África, como en todos los países del mundo en la antigüedad. Sin embargo, el comercio sistemático y organizado por árabes y europeos en África, en los trescientos años que van de 1550 a 1850, cambió de dimensión, y por tanto de naturaleza, el fenómeno. La esclavitud pasó a ser un aspecto normal de la vida africana».

Y de este modo finaliza el comercio de esclavos en el Atlántico.

En 1807 el parlamento del Reino Unido aprobó la ley que abolía el tráfico de esclavos [...] (pero todavía no derogaba la institución de la esclavitud). Conforme a esa ley, los capitanes que fueran sorprendidos practicando este detestable comercio serían multados con cien libras esterlinas por cada esclavo hallado en el barco. Esta ley, sin embargo, no acabó con el comercio británico de seres humanos. Antes bien, lo empeoró. Los capitanes negreros, cuando

estaban a punto de ser capturados por las naves de guerra de la armada británica, tiraban al mar a una parte de —o a todos— los esclavos para evitar las multas. De esta manera reducían el monto de las mismas, que pasaba a ser un costo de operación más que había que tener en cuenta para calcular la rentabilidad del negocio. La ley, sin pretenderlo, encareció el precio de los esclavos para los plantadores (haciendo de paso más atractivo el negocio) y convirtió el transporte marítimo de esclavos en una actividad todavía más cruel para los mismos, porque sus posibilidades de morir en la travesía aumentaron. Las personas que habían luchado para prohibir el comercio de esclavos comprendieron que la única manera de acabar con la condición y los sufrimientos de este comercio era abolir la institución de la esclavitud [*ibíd.*, p. 65].

El comercio de esclavos se ha llamado la peste blanca. En el libro *África, pecado de Europa* se desarrolla una historia amplia y con múltiples detalles de cuanto aquí hemos seleccionado en los textos anteriores. Son hechos que repugnan a la sensibilidad actual, pero que en el devenir histórico de las culturas hasta finales del siglo XIX fue una práctica común. La idea que hay que erradicar de la mente de los seres humanos actualmente, no es otra que la explotación del hombre por el hombre.

Por eso el camino de la libertad, como horizonte genuino de la liberación de los errores humanos presentes en la historia y en nuestra actualidad, nos exige ser creadores de nuevos modelos y formas de vida. Ningún hombre debería ser ya ahora y menos en el futuro, objeto de control ni de manipulación de su propio proyecto de vida.

Conclusión

En el proceso evolutivo de toda la humanidad hay una lacra que vulnera cualquier principio ético o consideración moral, cuyo centro de referencia es la dignidad del ser humano. Me refiero a la solución de los conflictos personales o sociales por medio de formas específicas de violencia, sea por la guerra en sus más diferentes maneras de evolución histórica, la exclusión o el exterminio del otro en razón de sus diferencias. Pero la causa central de este hecho, que perdura todavía sutilmente en gran parte de la población, es el desconocimiento del otro, de lo diverso. Un pensamiento mortal nos persigue: si el otro no vive las mismas experiencias y valores que nosotros se convierte en nuestro enemigo. Y la forma más habitual de nuestra relación con él consiste en aplicarle cualquier fórmula de exclusión o de eliminación de nuestro entorno. Pero hoy nos enfrentamos a un hecho: únicamente nos es posible convivir con los otros con un cierto criterio ético y teniendo en cuenta la dimensión social de cada uno de nosotros. Un nuevo pensamiento nos habita y si queremos estar a la altura de los tiempos, hemos de entender eficazmente que el corazón de nuestra entraña es la diversidad y la pluralidad de ideas, valores y sentimientos. Por lo tanto, hemos de entrar en diálogo y consideración con la máxima fuerza posible ya que el otro merece todo nuestro afecto y atención, por encima de quién sea, qué piense y qué sienta. La diversidad se ha de convertir en un núcleo de convivencia, relación pacífica y tolerancia.

Generalmente, somos muy sensibles frente a las expresiones denigrantes de determinados grupos: llámese esto racismo, exclusión o indiferencia; una actitud que condena a ciertos grupos a realizar tareas indignas o inhumanas, o incluso les imponemos nuestro sistema de valores o de orden social. Pero existen conductas inconscientes y muy sutiles que casi nadie llamaría racistas o excluyentes, aunque de hecho lo son de una forma muy eficiente. Es éste el caso cuando consideramos a un *grupo humano*, sea en razón de su etnia, cultura o creencia, superior a otro y capaz de situarse eficientemente en la cumbre de la jerarquía social de valor. O también asumir una cierta distan-

cia cualitativa respecto a los otros grupos. Toda sociedad que se precie de superior a otras, es por su propia naturaleza racista.

Un segundo caso viene dado por el actual concepto de ciudadanía fundamentado en la tierra propia, sea en forma de Estado-nación u otro, o bien en virtud del nacimiento. Igualmente es una situación implícitamente racista. Quien se constituye frente al otro en situación de privilegio, sea en virtud de un Dios único, o por el color de la piel u otro argumento legitimador de su superioridad, de la misma forma se puede considerar racista.

Ciertamente, las constituciones políticas tienen su eficacia y orientan la conducta de sus ciudadanos, pero mientras no calen sus valores en la raíz cultural de las mayorías sociales, nos encontraremos siempre con sociedades injustas y desiguales. Y en consecuencia habrá otros grupos que queden marginados y excluidos de nuestra consideración de valor y dignidad, lo cual justificaría que les asignáramos las tareas más indignas y despreciables de la sociedad, tales como la esclavitud, los trabajos forzados o la prostitución, tareas importantes que justificarían su condición de seres inferiores frente a los grupos legitimados culturalmente en la sociedad.

En nuestra contemporaneidad encontramos tres fenómenos que expresan con toda claridad la contundencia de estos hechos: el nazismo, el comunismo y el imperialismo colonial. Las tres ideologías niegan la presencia histórica y cultural de estos seres en la actualidad social y política.

Recogemos las palabras con que Juan de Dios Mosquera finaliza la introducción de su libro. Nos invita a la esperanza y a la unión. Dice: «Uniendo todas las manos y estrechando en un solo abrazo a las comunidades afro, las juventudes deben pronunciarse por sus derechos históricos y sus derechos étnicos. Es hora de convertir a cada joven en un nuevo cimarrón y a cada localidad en un palenque por la dignidad, la justicia y la igualdad real y efectiva de la comunidad afrocolombiana».

El proyecto político que ha de gobernar nuestro futuro ha de ser, ante todo, la diversidad y pluralidad de valores. Éste debe considerar con toda normalidad y posible convivencia cualquier diferencia existente, sea simbólica o material.

DÓNOAN

Próximo número de la *REVISTA ANTHROPOS*

N.º 226 / 2010

RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT
Un intelectual crítico y creativo
de las tradiciones hispanoamericanas